

**¡Siguiente,
por favor!**

**CRÓNICA
DESCARNADA DE
UN DÍA CUALQUIERA
EN LA BIBLIOTECA**

Existen muchos tipos de usuarios en las bibliotecas públicas. Unos van a sacar libros en préstamo, otros buscan dvds, algunos duermen ante las páginas de una revista y la mayoría, desde hace un tiempo a esta parte, van al cibercafé, donde lo único que faltaría es el café. Mientras, el profesional bibliotecario debe estar atento a cualquier necesidad de estos y otros usuarios más o menos exigentes pero, eso sí, siempre mostrando la mejor de sus sonrisas, que para eso trabaja en un servicio público...

Un día cualquiera. Estoy en la Biblioteca, como todos los días mientras no me toque la lotería. Dice Juan Marsé que “leer es vivir otras vidas”. Reflexiono sobre ello. No estoy de acuerdo. Vamos, sí. No me voy a poner ahora en plan digna, a sentar cátedra y discutir con tal eminencia. Lo que quiero decir es que a mí no me hace falta leer ninguno de los libros que a diario coloco en las estanterías para poder vivir otras vidas. No tengo más que levantar la vista del ordenador y mirar a mi alrededor para observar muchas, variadas, diferentes y originales vidas, formas de ser y de actuar. Esta biblioteca encantada y encantadora es mi paradigma. Pero no por las vidas que se tejen entre las líneas de los libros sino por las vidas que se cruzan en mi camino. Llevo un rato trabajando pero seguro que, en breve, llegarán los *OSOarios* (los usuarios pesados) y mi gozo en un pozo, campana y se acabó. Se me quedará la vista enganchada y comenzarán a bizquear mis ojos hasta producirme un desprendimiento de retina o unas cataratas que me nublarán la vista y me harán alejarme de la realidad, volar y sumergirme en un extraño, aunque cercano, mundo. Estoy nerviosorum por lo que se me pueda venir encima.

Las nueve en punto. Ya llegan. Tengo miedo. Oye, pero es que nadie les ha enseñado que la puntualidad británica ya no se estila en estos tiempos. Que tan maleducado es llegar tarde como llegar puntual. Oigo que suben en tropel por las escaleras. ¡Haaaala! Y si fuera que van a leer... Pero, qué va. Aquí hay tortas por pillar ordenador, conectarse a la *internetes*, descargarse cosas impropias o, digamos, no muy intelectuales y por pillar sofacito. Ah, el *Hola* también tiene su tirón, y nunca mejor dicho. Por el *Hola* hay quien es capaz de tirar y tirar y quedarse con la cotizada publicación y el despeinado moño de la contrincante. Por cierto, ¡hola!, que no he dicho nada.

Bueno, ya sabía yo que me iba a durar poco la racha de tranquilidad y productividad desenfundadas. Es lo que tiene trabajar en una biblioteca encantada, que se ven muchas vidas y estas te atrapan, te absorben, son dignas de estudio. Voy a ver si algún docto en la materia me querría dirigir esta tesis. A mí se me antoja que debe ser parecido a trabajar en Faunia, con tanto espécimen raro. La gente ha tomado posiciones: las estaciones del ciber echan humo, la Hemeroteca parece una peluquería y no precisamente por lucir cabelleras a lo Rupert (¡Rupert, te necesito!). La gente tiene sus inquietudes, oye. Lee sus revistitas: el *Hola* (¡cómo no!), el *Qué me dices!*, sus *Labores de hogar*, *Brico*, *Saber comer*, etc. Realizo cientos de préstamos de *deuvedeses* y de *cedeses* (sólo me queda adjuntar refresco y tanque de palomitas) y no tantos



préstamos de libros pero alguno cae, sobre todo del tipo autoayuda, “Cómo superar mis demencias”, como el que me acabo de realizar a mí misma, por necesidad y por aquello de mantener la ratio de las estadísticas. Estamos a mitad de la mañana, hora del breakfast. A algunos no les queda más que extender el mantel de cuadros, sacar la navaja y el chorizo de cantimpalos y yo, sin embargo, prest-ando, coloc-ando, escane-ando ando, valga la redundancia. Parezco un pulpo, y encima me crujen las tripas y me miran raro. A veces oigo un sssshhh. Comienzo a engorilarme.

A ver dónde he puesto la pildorilla esa que me meto debajo de la lengua para evitar que se desencadene el colapso mental pero que lo único que me produce es espuma con sabor a gaseosa. Aquella se me va cayendo por entre la comisura de los labios y la otra tiene consecuencias en el medio ambiente. Ya la he avistado, ahí está, en el suelo, debajo del pinrel de un usuario pesado, en el más amplio sentido de la palabra, digno concursante de “Cuestión de peso”. Disculpe, no se mueva, es que...”. Se movió. La pastillita de las narices, bueno, la del alma, se ha quedado echa polvo, nunca mejor dicho. Lo que faltaba: agachada, besando los pies del susodicho usuario, como el Papa pero sin serlo, y barriendo con el dedo índice mi pastillita echa polvo, mi elixir de la felicidad. No, si ahora me denunciarán por tráfico y consumo de drogas. En el pre-

No tengo más que levantar la vista del ordenador y mirar a mi alrededor para observar muchas, variadas, diferentes y originales vidas, formas de ser y de actuar.

ciso momento en que me disponía a levantarme del suelo, ha entrado otro [susodicho] usuario, cuatro películas en mano, tanque de palomitas y granizado de horchata para refrescarse el gaznate, y haciendo caso omiso a mi presencia e indigna postura, y tomándose por la señora de la limpieza, se ha marchado dando gritos y amenazando que iba a interponer a la bibliotecaria ausente una denuncia por Registro. ¡Pero qué tío! A ver ahora cómo explico yo lo de mi posturita, la pajita y el Prozac en polvo. Menos mal que mi sustituto de Platón comienza a hacerme efecto y ¡paso de todo!

Observo el patio desde el mostrador. En el fondo los envidio terriblemente. ¡Qué ajjico me doy!



A veces me pregunto por qué soy tan débil, por qué me cuesta tanto manejarme en la vida y por qué narices no habré estudiado matemáticas, en vez de literatura, para dedicarme a la toma de decisiones, en vez de a la cultura y, en un momento dado, armarme de valor, plantarme encima del mostrador y decir: ¡Se sienten, coño!... y apaguen sus móviles, que estamos en una biblioteca, joder. ¡He dicho joder a modo de exclamación, no como imperativo, joder! Es decir, que no he dicho joded. ¡Venga, a la calle todo el mundo, con viento fresco, al solecito! Tú -imaginándome que le quito los auriculares de cuajo al melenas - a cantar a la coral mu-

nicipal, que esto es muy heavy, que nos estés amenazando desde hace dos horas con que “Va a estallar el obuuuus”. Y usted, el que está visionando “El bueno, el feo y el malo”, al oeste americano o disparo. Y a aquel otro, mírale, el único que parecía intelectual y se ha quedado frito leyendo la *Revista de Occidente*: “¡Agüello!, vamos majete, a echarse la siesta en el sofá de casa, que yo ya tengo bastante con sopor-tar los ronquidos de mi santo *espEso* por las noches”.

Pero, qué va, no me atrevo ni de Blas a tomar esa decisión. Tendré que aguantarme una vez más con aposentar mi culo en la silla de trabajo y trabajar, y sonreír, al tiempo que observo el patio, escucho el clín-clín del código de barras de préstamos y devoluciones, los ronquidos y demás cajitas de música, y dejarme embriagar por el *eau de sobac* de este selecto e intelectual público y, cuando las circunstancias me lo per-

A algunos no les queda más que extender el mantel de cuadros, sacar la navaja y el chorizo de cantimpalo y yo, sin embargo, prest-ando, coloc-ando, escane-ando ando, valga la redundancia.

mitan, soñaré con que algún día, no muy lejano, diré “Se callen, coño” y me quedaré sola, en silencio, con la única compañía de los letras, con la biblioteca en silencio, sumergiéndome de lleno en la Hemeroteca. Primero leeré *Año Cero*, para ir sin prejuicios, luego me documentaré en *Cuerpo y mente*. Será *Muy Interesante* para *Saber Vivir*. Sin dudarlo me empaparé de la revista *Ecologista* a fin de convertirme en una verdadera *ecoloJeta*. Entonces *Mi Jardín* no estará marchito, como ahora, sino que empezará a florecer. Será un *Cambio16* y además *Integral*. Os doy mi *Palabra*. Finalmente con *Viajar* me dedicaré, como Marco Polo, a navegar, pero entre los libros, y a soñar con molinos de viento y mil historias más, pero no tan surrealistas como la realidad que vivo. Pero hasta entonces, hasta que ese momento llegue, debo trabajar. “Su turno. Siguiente, por favor”. ■